

cubriendo con su cabellera perfumada las sienas sangrientas de Medina.

Tapia se dirigió á la puerta, y lanzó, al partir, estas frías palabras.

—Amigo mio, quedamos á mano.

La suerte del mas pobre.

**R**OCAS horas antes de los sucesos referidos, se detenian algunos hombres frente á la ventana donde hemos visto hablar á Tetzahuitl con Isabel Dorantes. — Eran todos ellos de mala catadura, si se juzga por los remiendos de las capas, las botas viejas de vaqueta, los sombreros gachos tocándose con el embozo, y las precauciones que tomaban para amortiguar el eco de sus pasos.

—¿Habremos llegado tarde?—preguntó uno de aquellos.

—No,—dijo otro;—Rebelo se ha estado aquí desde la queda, y no ha visto á nadie.

—Rebelo!.....

—Señor!.....

—¿Estás bien seguro de que nadie ha venido?

—Sí, señor.

—¿Están colocados los exploradores donde te dije?

—Sí señor; menos el Grillo.



—Por qué?.....

—No ha cesado de beber desde las oraciones..... le encontré borracho.

—Bribon!.....y Peralta?

—Está en su puesto;—pero creo que viene lo mismo.

—;Tambien borracho!..... maldito viejo..... ya me las pagará todas.—Bien dije yo : si adelantamos las propinas, estos bribones se las tragan de pulque y nos echan á perder el negocio.

—Y esos, han tomado?

—No señor,—respondieron en coro los circunstantes.

—Pues estad prevenidos, porque no dilatan..... cuidado! ya saben que mi señor Chirinos es inflexible: nos descuartiza á todos si no le llevamos lo que pide.

—Perdonad, señor Garduña,—dijo alguno que tenia el acento de un jóven:—decidme: ¿podremos atacar si ese caballero nos aprieta mucho?..... es decir.....

—Ni un araño!..... ahora, si viene acompañado, como es muy factible, podeis arreglaros con su gente de la manera que Dios diga; pero al Caballero, nada!..... procurad..... Eh!..... Zapotejo, no te se han olvidado las cuerdas?

—No señor, replicó el hombre mas pequeño de aquellos.

—La mordaza?

—Tampoco.

—Bien.—Manteneos á la capa detrás de aquellos matorrales.—Oireis un silbido cuando sea tiempo.—Tú, Barreda, vente conmigo.

Garduña se alejó algunos pasos con el llamado Barreda, y le dijo:

—Conoces tú á nuestro pollo?

—No; pero barrunto con quién tenemos que habérmolas

—Quién?.....

—Andrés Tapia.

—No!.....

—Bah! ¿Por quién otro se harian estos preparativos?.... además, yo he visto..... he creido sorprender ciertas miradas significativas entre el Capitan y la mujer de Dorantes.

—No sabes nada.

—Cómo?.....

—Tapia está por otras regiones mas elevadas.....

—Lo sé; pero la indita no es un bocado despreciable; bien pudiera competir con Doña Luz..... Creo que es mas hermosa, con mucho, que la mujer del tesorero.

—Es cierto; pero estás equivocado: nuestro amigo es nuevo en el país, segun creo.

—Medina?..... Ocampo?..... Arróyave?.....

—Tampoco.

—Pues no acierto.

—Lo mismo digo.—Las señas que me dió Chirinos son tan vagas..... es decir, no me dijo sino esto: «Es una persona disfrazada con los arreos de soldado..... llegará á la ventana de Isabel, y allí le tomarás por bien ó por fuerza, y le entregarás al gefe de guardia en las atarazanas.»

—Oyes?.....

—Sí.....

—Debe ser él.

—Ocúltémonos.

Garduña y Barreda se colocaron tras uno de los ángulos del edificio, mientras una perdida ondulacion del aire nocturno traía el rumor de varios pasos lejanos.—Callaron



despues.—Barreda se aventuró á sacar un ojo.—Allá en el fondo de la avenida se columbraba una luz que se acercaba visiblemente.

—Mira.....dijo á Garduña el que espiaba.

—Una linterna.....

--No; parece mas bien una torcida de resina..... ¿ves la flama?

—Sí.....

—Distingues?

—Zape! ya se apagó.

—Aquí viene..... alerta!

—Metámonos.

Volvieron á ocultarse.—Oyóse una carrera, y apareció un hombre envuelto en las sombras: traia en la mano, y servia para notar sus movimientos, la mecha enrojecida todavía, ya próxima á extinguirse.

Despues de haber permanecido algunos segundos como buscando el camino por donde debia dirigirse, torció por la izquierda, y adelantando hasta las ventanas de Isabel, dió tres golpes.

—Ahora es tiempo,—dijo Garduña en el oido de su compañero.

—Ya? No esperamos á que hablen alguna cosa?

—No; la órden dice que nadie debe presenciar el ataque: ¿no ves que la Dorantes..... los gritos.....

El desconocido volvió á dar otros golpes con una fuerza desesperada, y gritó;

—Juana! Juana!

—Cuerno!—exclamó Barreda;—ese amante no entienda de de burlas..... mirad que recio llama.....

—Silencio!

Garduña se acercó á los labios alguna cosa, y produjo un silbido.

Aquel hombre que llamaba á la ventana, se sintió cogido repentinamente por dos brazos hercúleos que le comprieron, dejándole inmóvil.

—Perdon! señor; perdon! gritó el infeliz, próximo á sofocarse.

Otros dos brazos le tomaron por las pantorrillas y le levantaron en peso: abrió los ojos, y viéndose rodeado por diez ó doce figuras siniestras, volvió á clamar:

—Perdon! señor..... señores! por las madres..... por la madre que os ha parido!..... caballeros! señor Tapia..... señor Medina! mirad que yo no.....

Nuestros lectores habrán reconocido en estas palabras á nuestro amigo Zapata. Cuando vió que Medina se abismaba en el escondite de Tapia, no le cupo ya duda acerca de los resultados fatales de esa casualidad; guió hasta la puerta de la calle á los señores Albornoz y Zuazo; y dando el último adios á aquella casa, donde no dilatara en hallar el castigo terrible de sus dobles manejos, corrió á la casa de Dorantes á buscar un asilo por medio de su hija; corrió sin acordarse de dejar la vela, y trastornado por el miedo, llegó al punto en que le vemos preso por los agentes de Chirinos.

Le intimaron silencio y comenzaron á atarle; mas él, que ya se figuraba estar en garras de la muerte, pedia misericordia y procuraba escapar, moviendo piés y brazos. La masa de hombres oscilaba sin soltar su presa.

—Señores!—volvió á decir;—vais á cometer un asesinato; mirad que yo no tengo.....

¿Qué iba á decir Zapata?..... una tosca mano ahogó sus



palabras. Sintió despues que le introducian en la boca un objeto voluminoso, que se la dilató de una manera horrible haciendo crugir sus mandíbulas. Un vapor de cólera envolvió su cabeza; pudo levantar un brazo tan alto como lo permitian las ligaduras, no estrechas todavía, y en la cabeza de uno cuyo sombrero habia caído con los movimientos, descargó la vela de cera con tan solemne garrotazo, que hizo retroceder á todos los que procuraban sujetarle por las piernas. El infeliz aquel abandonó súbitamente los cordeles para tenerse la cabeza, y cayó sentado, lanzando una tremenda maldicion á Zapata.

—Ea! imbéciles!—dijo Garduña;—sujetadle, ú os hundo mi espada.

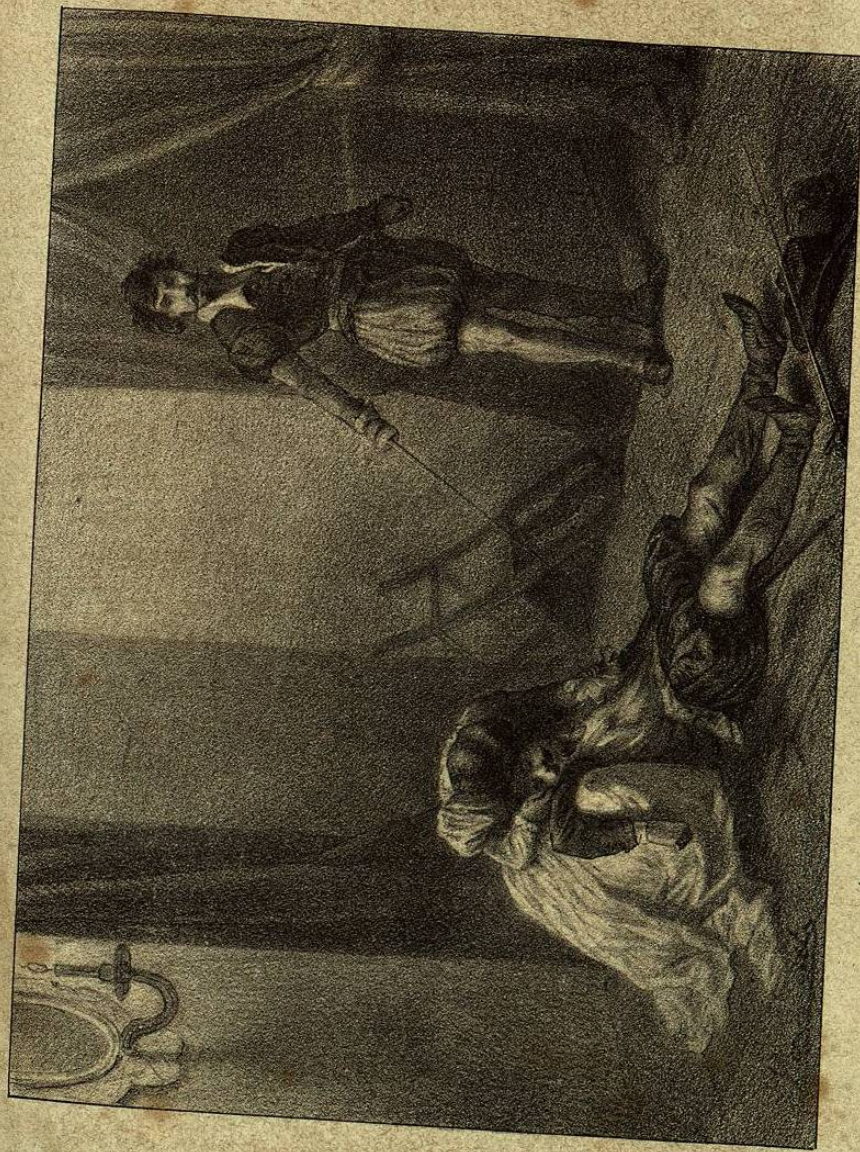
A estas palabras volvieron á apoderarse todos de Zapata, le estrujaron ya sin miramiento, le ataron como un cohete y le pusieron de cara sobre el suelo.

—Punto final,—dijo Garduña envainando:—ahora, tomad á ese caballero, y seguidme.

Dicho esto, Zapata fué colocado sobre una capa; cuatro hombres tomaron por las puntas, y echaron á andar en seguimiento de Garduña. Los demas, acompañados de Barreda, tomaron un rumbo diverso, conversando acerca de la aventura.

—Maldito seas tú y todos los diablos que te parieron!... alevoso!..... — Exclamó un hombre que se levantaba á duras penas del empedrado;—ya veremos si no me la pagas, aunque tenga que buscarte en el purgatorio!..... A mí no me pagan..... pero ¿adónde he puesto mi sombrero?.....

Comenzaba á tantear el suelo, é iban ya lejos los subordinados de Garduña, cuando en la esquina próxima se dibujó el bulto de un hombre: aquel hombre era Tetzahuitl.



= Amigo mio, quedamos á mano ( pag. 156 )



—¡Por Belcebú!—decía el otro;—á mi sombrero se le ha tragado la tierra..... y no haber una luz!.....

Tetzahuitl se acercaba silenciosamente, con la insidiosa lentitud de una araña.

Aquel siguió buscando; pasados algunos momentos, se enderezó rascándose las barbas, y dijo:

—Tú me la pagarás, maldito!.....

—Yo?—le replicó una voz que él no supo adivinar de dónde salía.

—¿Quién va?..... exclamó.

—Eres tú, Grillo?.....

—Y tú, ¿quién eres?

—Soy,—replicó Tetzahuitl,—aquel que no quisieras haber visto nunca en tu vida..... espera! si das un paso mas, eres muerto.....

—Yo no soy nada..... devolvedme el sombrero, y santas pascuas.

—Dí, qué buscas?—preguntó el amante de Isabel tomando al otro por un brazo.

—Eh! á mí con esas? quién sois? Ah! un indio!!..... atrás!

—Calla!

Tetzahuitl puso la punta de un puñal en el pecho de su interlocutor; éste sintió perfectamente, y se convirtió en una estatua.

—¿Quién eres?—le preguntó Tetzahuitl.

—Soy Jorge Villadiego y Valencia, natural de la sierra de Almonaster, en Huelva, hidalgo.

—¿A quién buscas?.....

—A mi sombrero.....

—¿A quién buscas?..... quién te ha mandado aquí?.....



—A mí?.....

—Habla! ó eres muerto.

—Yo?..... he venido á prender á un hombre..... á mí me lo mandó Garduña.

—Garduña?.....

—Sí, tal.

—Quién es ese?.....

—Ah!— Garduña?..... Garduña es un soldado del Gobernador que..... vive Dios!..... si sabe.....

—Y quién de los gobernadores?

—Friolera! D. Pero Alminde de Chirinos.

—Ah!.....—exclamó Tetzahuitl;— y volviéndose hácia los matorrales donde estuvieron apostados los de Garduña, gritó sin esfuerzo.

—Itzcoatl!..... *nican ic!*..... (por aquí).

Aparece momentáneamente otro indio que entabla una rápida conversacion con Tetzahuitl, hablando en el idioma nahuatl. Concluida ya, el recién llegado toma del brazo á Jorge Villadiego, y le dice en mal castellano, mientras Tetzahuitl desaparece:

—Vente conmigo.

—Cómo! voy preso?

—Anda.

—Pero ¿qué es esto!.....—gritó Villadiego retrocediendo algunos pasos y abriendo los ojos desmesuradamente.

Una turba de hombres semejantes á su interlocutor, salió de las sombras. A poco sintió que le envolvieron la cabeza en su misma capa; despues, que le levantaron en peso; y luego, por el movimiento y por el sordo redoble de los piés descalzos, conoció que le llevaban á toda prisa, sin saber adónde.

Jorge Villadiego y Valencia, natural de la sierra de Almonaster en Huelva, hidalgo, caminaba en direccion de la ciudad de Iztapalapa, encomendándose de todo corazon á la Madre de Dios y á Santiago de Compostela.